

1

sos – Kai en apuros

Imaginaos un viejo bote salvavidas. Uno de esos de madera con dos remos y que, para mi desgracia, tiene un agujero del tamaño de una moneda en el casco. El bote va a la deriva entre el violento oleaje del Canal de la Mancha, en algún lugar entre Inglaterra y Francia.

¿Os lo podéis imaginar?

Perfecto.

Sobre la embarcación planea una bandada de gavio-
tas que esperan, cual buitres hambrientos, a que el joven
con un sombrero horroroso que está dentro del bote la
palme. Está blanco como la nieve, de cuclillas en medio
del charco que va formando el agua que entra por el
agujero, y repite una y otra vez «sos» con un hilillo de

voz, como si así pudiera pedir ayuda a la Real Armada Británica.

¿Lo captáis?

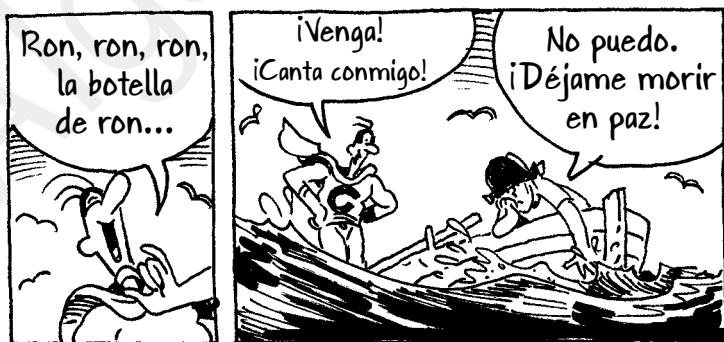
Estupendo, así ya me tenéis fichado. Soy el chico del bote. Mi nombre es Kai, y no me importaría en absoluto hacerles el favor a las gaviotas de morirme ahora mismito.

¿Os habéis mareado alguna vez en un barco? No me refiero a que os hayáis encontrado un poquito mal después de haberos hinchado a comer churros y haber subido al barco vikingo de la feria de vuestra ciudad. No, me refiero a si alguna vez os habéis mareado de verdad en plena mar. Si no es así, entonces no tenéis ni idea de cómo me encuentro ahora mismo. Esto es peor que tener diarrea, sarampión, varicela, rubeola, gripe A, peste porcina y salmonela, todo a la vez.

Pero esto no acaba aquí.

Lo peor de todo es que no estoy solo en el bote.

En la proa hay un tipo con capa y antifaz que, desafiando a la marea, canta a grito pelado canciones de piratas.





¿Conocéis a Coolman? Difícilmente, ya que soy el único que puede verlo. Me acompaña desde que cumplí cuatro años y daría lo que fuera para que esto cambiase. He hecho todo lo posible para deshacerme de él. De verdad. Pero Coolman siempre está ahí, tanto si quiero como si no. Es mi destino y no puedo hacer nada para evitarlo.



Tres razones por las que nos deberíamos ahorrar eso de encender una hoguera:

1. Estamos en medio de una tempestad.
2. El agua que entra por el agujero del casco acabaría apagando las llamas.
3. La gente del ferri hace rato que se ha dado cuenta de que me he caído de la cubierta.

Y por eso me han lanzado este queso gruyer con forma de bote salvavidas. Para que no me ahogue mientras hacen virar el barco y tratan de repescarme.

Pero, por lo que veo, es más fácil girar a una ballena dentro de una bañera que dar la vuelta en medio del mar con ese pedazo de barco. Va para largo. Así que tengo tiempo de explicaros cómo he llegado hasta aquí y por qué llevo puesto el auténtico sombrero del almirante Horatio Nelson. En todo esto Coolman —¡oh, sorpresa, sorpresa!— tiene parte de culpa.

Rebobino hasta el principio de la historia. Imaginadme a mí sentado en la parte trasera del coche de mis padres hace justo dos semanas.

¿Lo tenéis?

Bueno, pues será mejor que me dé prisa y os lo cuente todo antes de que el bote termine de hundirse por completo o yo empiece a vomitar sin parar, del mareo que llevo.

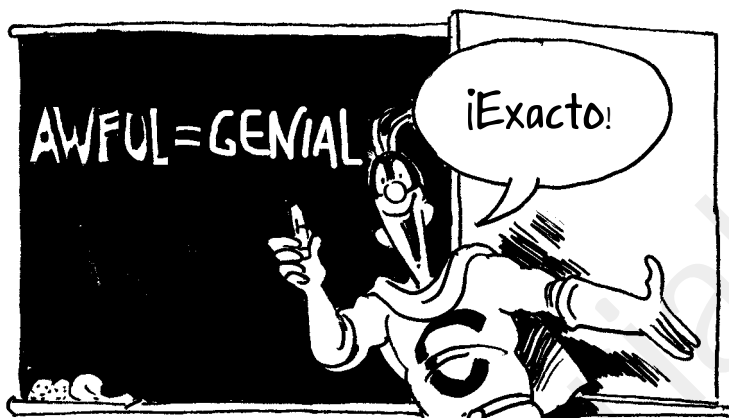
Hace dos semanas:

–Te gustará. ¡Estoy absolutamente convencida!
–dice mi madre girándose hacia mí y regalándome una de sus espectaculares sonrisas. Le salen bordadas porque tanto mi madre como mi padre son actores de teatro. Uno no sabe nunca si dicen las cosas en serio o están interpretando un papel. Por ejemplo, el de padres preocupados porque sus hijos aprendan idiomas. Cuando en realidad lo que están es encantados de quedarse dos semanas solos en casa.

Vamos camino del colegio. Desde allí saldrá el autobús que nos llevará hasta el ferri. Y con este, cruzaremos el canal de la Mancha sin bajar del autobús y continuaremos hasta Londres. Allí me esperan dos semanas de clases de inglés.

Y esto se lo tengo que agradecer a Coolman. Mi profesora de inglés, la señora Meier, me dijo a principio de curso que mi inglés era *awful*. Coolman me dijo que *awful* quiere decir algo así como

«fantástico,
maravilloso,
extraordinario».



Desafortunadamente no es verdad. Pero me he dado cuenta un poco tarde y me he relajado demasiado durante todo el año con esta asignatura.

Mi mayor error: hago demasiado caso a las palabras de Coolman, aunque, después de tantas aventuras, debería haber aprendido a ignorarlas.

Solo después de haber visto el cero que he sacado en inglés se me ha ocurrido buscar la palabrita en el diccionario. Y allí estaba, negro sobre blanco: *awful* no significa para nada «fantástico, maravilloso, extraordinario», sino

«desastroso,
espantoso,
horrendo».

Mi único consuelo es que el inglés de mi hermana Anti es tan malo como el mío y no le queda más remedio que venirse conmigo a Inglaterra. Al menos así no voy solo.



Doy un fuerte suspiro y Anti, que va sentada a mi lado, se queda mirándome.

–Inglaterra es genial. No como aquí, donde todos los días brilla el sol. Allí el cielo está siempre gris y es superdeprimente –ha malinterpretado mi suspiro e intenta animarme a su manera.

Anti se llama en realidad Antígona, pero el nombre completo no le gusta nada. Se hace llamar Anti a secas y, sinceramente, le va que ni pintado.

Se gira hacia la ventanilla y enciende su iPod. Esto lo noto porque el pelo largo y teñido de negro que le cae por delante de la cara empieza a moverse al ritmo

de la música, debido a que tiene el volumen a toda pastilla.

Algún día me presentaré al *Libro Guinness de los récords*. Mi reto será algo así como: ¿cuántas canciones soy capaz de adivinar con tan solo mirar el aleteo del pelo de mi hermana?

Por cierto, para ir a la tele mi hermana tendría que vestirse con colores más alegres. Solo lleva ropa que conjunte con el color de su pelo, es decir, solo usa ropa negra y eso gustaría tanto al gran público como si Darth Vader presentara todas las noches el tiempo.

Al pasar por delante de la residencia de ancianos La Última Cama me doy cuenta de que no me he despedido de Adolf Schmitz.

—¡Alto! ¡Parad el coche ahora mismo! —grito sin pensármelo dos veces.

Mi padre pisa el pedal del freno hasta el fondo. Debe pensar que se me ha olvidado el pasaporte en casa o que me he dejado las cuatro cuñas de queso que me ha preparado mi madre, porque dice que los ingleses no saben lo que es un buen queso.

Os debo una explicación: Adolf Schmitz vive en La Última Cama y es algo así como una especie de amigo, aunque al principio pensase que yo era un carterista profesional. Pero esto es otra historia.

Saco la mano por la ventanilla y abro la puerta desde fuera, porque mis padres creen que un viaje en coche sin el seguro para niños echado resulta demasiado peligroso para pasajeros de doce años.



Teniendo en cuenta que no tengo ganas de discutir y que, además, con Coolman es imposible discutir sin volverse loco, vuelvo a abrir la puerta para que pueda bajarse del coche. Anti me mira a través de la cortina de pelos como si me hubiese vuelto majareta. Al igual que mis padres, no tiene ni idea de la existencia de Coolman. Mucho mejor porque, de no ser así, me pasaría las vacaciones en una clínica para enfermos mentales en vez de irme a Inglaterra.

—Ya nos vemos en el autobús —les grito mientras corro hacia la puerta de la residencia.

Tengo tiempo de sobra porque mi madre es una exagerada y planea los viajes con un montón de antelación. Si por ella fuera, habríamos salido de casa ayer por la noche y habríamos montado una tienda de campaña en el aparcamiento del colegio, para asegurarse así que no llegamos tarde.

Camino por el césped hacia una ventana que da al pasillo de la planta baja, porque pasar por el vestíbulo de la residencia es demasiado peligroso, ya que hay cocodrilos al acecho deseosos de cazar una presa fácil. Naturalmente no me refiero a cocodrilos de verdad, sino a viejecitas medio amodorradas en sus sillones, que no solo comparten con los reptiles la gran cantidad de arrugas que tienen, sino también sus métodos de caza. Haciéndose las dormidas, esperan a que se aproxime algún jovenzuelo imprudente para abalanzarse sobre él y besuquearle hasta que, después de horas y horas, algún vigilante sea capaz de liberar al desdichado de los huesudos brazos que lo acorralan. Ya lo he vivido una vez en mis propias carnes y no necesito volver a pasar por eso.

Así que, como siempre, mejor ir por el césped y entrar por la ventana. He hecho tantas veces este recorrido que incluso se ha formado un sendero entre la hierba.

Entro por la ventana y llamo a la puerta número 0815, que es donde vive Adolf Schmitz. No tarda mucho en aparecer.

—Hola, chavalín. Me alegro de verte —me saluda el señor Schmitz.

Ha sido marinero durante toda su vida, lleva todo el cuerpo tatuado y, al igual que yo, tiene un acompañante invisible. El suyo se llama Superguillermo, y a Coolman no le cae especialmente bien.



Adolf Schmitz es el único que puede comprender lo mucho que me marea Coolman. Así que lo echaré de menos cuando esté en Inglaterra. Me refiero a Adolf Schmitz, claro está, y no a Coolman.

—Me marcho dos semanas a Londres, así que me gustaría despedirme de usted —le explico.

—Oh, esto me viene de perlas, chavalín —me contesta—. Así podrás entregar una carta de mi parte. Espera un momento, solo será un minuto.

Acto seguido, coge un bloc de notas y escribe unas líneas. Después introduce la hoja doblada en un sobre, le rocía un poco de su loción para después del afeitado y lo cierra con su saliva.

—Ya está —dice después de haber apuntado un nombre en el sobre—. Esto se lo das a la reina. Pero dáselo tú en persona. ¡¿Entendido, chavalín?!

—¿A quién? —lo miro como si me hubiera pedido subir al Himalaya y entregarle la carta al mismísimo Yeti.

—A la reina de Inglaterra. ¿Es que estás sordo? Ella también vive en Londres.

—¿Y por qué no envía la carta por correo? —le pregunto, ya que no creo que uno pueda presentarse en Buckingham Palace y llamar al timbre tan ricamente para entregar un sobre.

—¡No, no, no! De ninguna manera. Entonces lo interceptaría alguno de sus guardias. En persona es mucho más seguro.

—¡Seguro que es un farol y usted no conoce a la reina!

—Apúestate algo, jovencito —me replica, a la vez que me muestra una vieja foto donde aparece él en un puerto, junto a una chica ataviada con un vestido pasado de moda.

—Coincidimos en Australia hace ya muchos años. Yo tenía el barco amarrado allí y ella se encontraba en el país de visita oficial. Surgió algo entre los dos e incluso estuvimos a punto de comprometernos, pero no le estaba permitido casarse con un plebeyo.

No sé si creerme esta historia o no. La muchacha de la foto no parece en absoluto una princesa. Aunque, mirándolo bien, las princesas que salen en las revistas de cotilleos de mamá son personas normales y corrientes.

—¡Tienes que prometérmelo, chavalín!





Coolman no me lo pone nada fácil y, además, el señor Schmitz me mira cada vez con más cara de pena. Así que, ¿qué otra alternativa tengo?

Le tiendo la mano solemnemente y le digo con voz grave:

—¡Se lo prometo!

Tal vez me he ablandado porque su historia me recuerda a Lena, una chica de mi clase con la que salí durante algún tiempo.



Pero fueron los cinco minutos más intensos de mi vida. Aunque no viera a Lena durante cuatro de esos cinco minutos porque tuvo que ir al baño. A pesar de ello, sé lo que se siente cuando te han partido el corazón. Mal, fatal. Se siente uno rematadamente mal.

